

## La narración.

Narrar es contar hechos reales o imaginarios.  
Los elementos de la narración

### LA ACCIÓN.

Se refiere a las cosas que pasan en un tiempo determinado que siguen un orden concreto. **El planteamiento.** Es el comienzo del relato. En él se presenta el tema, el ambiente y los personajes. **El nudo.** En esta parte se desarrollan los hechos. **El desenlace.** Es el final; donde se solucionan los problemas y se produce la solución.

*Tenía un perrilla perdiguera -la Chispa-, medio ruin, medio bravía, pero que se entendía muy bien conmigo; con ella me iba muchas mañanas hasta la Charca, a legua y media del pueblo hacia la raya de Portugal, y nunca nos volvíamos de vacío para la casa. Al volver, la perra se me adelantaba y me esperaba siempre junto al cruce; había allí una piedra redonda y achatada como una silla baja, de la que guardo tan grato recuerdo como de cualquier persona; mejor, seguramente, que el que guardo de muchas de ellas. (...) La perrilla, se sentaba enfrente de mí, sobre sus dos patas de atrás, y me miraba, con la cabeza ladeada, con sus dos ojillos castaños muy despiertos; yo le hablaba y ella, como si quisiera entenderme mejor, levantaba un poco las orejas; cuando me callaba aprovechaba para dar unas carreras detrás de los saltamontes, o simplemente para cambiar de postura. Cuando me marchaba, siempre, sin saber por qué, había de volver la cabeza hacia la piedra, como para despedirme, y hubo un día que debió parecerme tan triste por mi marcha, que no tuve más suerte que volver mis pasos a sentarme de nuevo... La perra volvió a echarse frente a mí y volvió a mirarme; ahora me doy cuenta de que tenía la mirada de los confesores, escrutadora y fría, como dicen que es la de los lince... Un temblor recorrió todo mi cuerpo; parecía como una corriente que forzaba por salirme por los brazos. El pitillo se me había apagado; la escopeta de un solo caño, se dejaba acariciar, lentamente, entre mis piernas. La perra seguía mirándome fija, como si no me hubiera visto nunca, como si fuese a culparme de algo de un momento a otro, y su mirada me calentaba la sangre de las venas de tal manera que se veía llegar el momento en que tuviese que entregarme; hacía calor, un calor espantoso, y mis ojos se entornaban dominados por el mirar, como un clavo, del animal... Cogí la escopeta y disparé; volví a cargar y volví a disparar. La perra tenía una sangre oscura y pegajosa que se extendía poco a poco por la tierra.*

### TIEMPO

1. Orden lineal. Cuando los hechos se cuentan desde el principio hasta el final.

*Se lanzó por entre las cañas, bajó casi rodando la pendiente, y se vio metido en el agua hasta la cintura, los pies en el barro y los brazos altos, muy altos, para impedir que mojara su escopeta, guardando avaramente los dos tiros hasta el momento de soltarlos con toda seguridad. Ante sus ojos cruzábanse las cañas formando apretada bóveda, casi al ras del agua. Delante de él sonaba en la oscuridad un chapoteo sordo como si un perro huyera acequia abajo... Allí estaba el enemigo: ¡a él!*

*Y comenzó una carrera loca en el profundo cauce, andando a tientas en la sombra, dejando perdidas las alpargatas en el barro del lecho, con los pantalones pegados a las carnes, pesados, dificultando los movimientos, recibiendo en el rostro el bofetón de las cañas tronchadas, los arañazos de las hojas tiesas y cortantes. Hubo un momento en que Batiste creyó ver algo negro que se agarraba a las cañas, pugnando por salir ribazo arriba. Pretendía escaparse... ¡Fuego! Sus manos, que sentían el cosquilleo del homicidio, echaron la escopeta a la cara, partió el gatillo, sonó el disparo y cayó el bulto en la acequia, entre una lluvia de hojas y cañas rotas. ¡A él! ¡A él!... otra vez volvió Batiste a oír aquel chapoteo de perro fugitivo; pero ahora con más fuerza, como si extremara la huida espoleado por la desesperación.*

*Fue un vértigo aquella carrera a través de la oscuridad, de las cañas y el agua. Resbalaban los dos en el blanducho suelo, sin poder agarrarse a las cañas por no soltar la escopeta; arremolinábase el agua batida por la desafortunada carrera, y Batiste, que cayó de rodillas varias veces, sólo pensaba en estirar los brazos para mantener su arma fuera de la superficie, salvando el tiro que le quedaba.*

*Y así continuaba aquella cacería humana, a tientas en la oscuridad lúgubre, hasta que en una revuelta de la acequia salieron a un espacio despejado, con los ribazos limpios de cañas. Los ojos de Batiste, habituados a la lobreguez de la bóveda, vieron con toda claridad a un hombre que, apoyándose en la escopeta, salía tambaleándose de la acequia, moviendo con dificultad sus piernas cargadas de barro.*

*Era él... ¡él!, ¡el de siempre!*

*-Lladre..., lladre; no t' escaparás – rugió Batiste, disparando su segundo tiro desde el fondo de la acequia, con la seguridad del tirador que puede apuntar bien y sabe que hace carne.*

*Le vio caer pesadamente de bruces sobre el ribazo y gatear después para no rodar hasta el agua. Batiste quiso alcanzarle, pero con tanta precipitación, que fue él quien, dando un paso en falso, cayó cuan largo era en el fondo de la acequia.*

*Su cabeza se hundió en el barro, tragando el líquido terroso y rojizo; creyó morir, quedar enterrado en aquel lecho de fango, y por fin, con un poderoso esfuerzo, consiguió enderezarse, sacando fuera del agua sus ojos ciegos por el limo; su boca, que aspiraba anhelante el viento de la noche.*

*Apenas recobró la vista buscó a su enemigo. Había desaparecido.*

2. Mitad del relato. Se empieza en un momento y a partir de él se cuenta lo que pasó antes y después.

Se llama **anacronía** a toda alteración del orden en el relato. Al tratar de las anacronías tenemos que distinguir dos planos narrativos:

- el relato primario o relato base
- y el relato secundario que constituye la anacronía.

El alcance de una anacronía es el salto temporal que ésta supone en el relato, la distancia que media entre el momento en que se encuentra el relato primero y al punto al que se retrotrae.

La amplitud de una anacronía es lo que dura ese segundo plano narrativo.

Las anacronías pueden ser

retrospectivas: **analepsis** ( en el relato se vuelve al pasado);

anticipaciones: **prolepsis** (el relato adelanta lo que va a suceder).

*A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo, seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos.*

*- Se necesita querer mucho a una persona para buscarla tanto -opinó alguien.*

*- Tal vez odiarla mucho -dudó otro. Y a mi pregunta respondían:*

*- ¿Un gallero de cuarenta y cinco años? Hay tantos galleros de cuarenta y cinco años.*

*Miraban mi estatura, se miraban ellos.*

*- En algún cruce se tropezará con él.*

*Por ello continuaba trillando caminos de pueblo en pueblo, de finca en finca. Tal vez esos caminos me han dañado; en ellos recogí emociones que me hicieron más hombre. O menos, según se mire. Algunas se pegaban dentro, sin maltratar; otras me incomodaban, se hacían cuerpos extraños pero de nadie más, como remordimientos.*

*... Desde pequeño me despertaban los cantos de los gallos. Entre ellos crecí. Ellos me fueron enseñando el camino del hombre. Mi madre les chaba maíz como si alimentara recuerdos.*

*Días. Meses. Años.*

*- Deberías venderlos -le dije por decir. Terca en la fidelidad a su pobre historia respondió:*

*- Él vendrá por sus gallos cualquier día. "Aguilán" sigue cantando.*

*Toda ella parecía irse al mirar por la ventana.*

*- "Mañana volveré; no hay uno igual" -le dijo el desconocido años atrás. A veces yo hablaba a solas para adivinar aquella voz, apretaba los ojos para adivinar los pasos del regreso. Pero nunca regresó por su gallo. Nunca regresó por ella.*

*...*

*- Son torcidos los caminos que andamos.*

*No sé qué quiso decir. Era como si le clavaran cien espuelas. El bordón se aflojó en sus manos, el cuchillo se desgonzó en las mías. Sus párpados se despabilaron con miedo de que le cayera encima la tristeza. Yo también tenía miedo al imaginar que dentro de segundos él yacería entre los brincos finales de los gallos, que mi mano limpiaría la sangre del cuchillo en las plumas rojas de "Aguilán", en sus cuatro plumas negras.*

*Pero de pronto en el Cojo no vi más que un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte. Cuando muriera le quebrarían la pierna mala a la altura de la rodilla para acomodarla en el ataúd. No sé por qué me detuve en su camiseta sudada, en las tres arrugas del cuello, en la derrota que la vida le asestaba contra la voluntad de la carne. Por eso me dolieron sus canas, su pierna contraída, sus arrugas, su zurriago nudoso, su bota de cuero crudo. Lo supuse cercano a mí, con sus angustias. También a él le gustaría el olor de la madera, el canto de los sinsonetes, los campos sembrados después de la lluvia...*

*Y también él tendría que morir. ¿Debería yo matarlo? Sé que mis manos están contentas cuando se hunden en los arroyos, cuando soban la piel de los caballos. Me estragaba tanta crueldad.*

*Revólveres, puñales, espuelas... ¡Maldita la gracia de vivir! Pensé que para no tener piedad hay que ver de lejos al hombre, verlo en la masa. Por eso sentí una rabiosa compasión por los seres caídos. Y el Cojo era uno de ellos.*

*- ¡Lo mató, lo mató! -gritaron en la gallera cuando "Aguilán" se empinaba sobre "Buenavida" y cantaba despiadadamente.*

*Me levanté, cogí mi animal, que me dejó en la palma de las manos sangre a medio coagular, y al salir clavé en el polvo mi cuchillo. El Cojo se quedó inmóvil mirando, sin ver, la hoja que brillaba junto a las espuelas de su gallo muerto.*

3. Por el final. Se empieza por el final y, a continuación, se cuentan los hechos anteriores.

*JUAN QUINTO*

*Micaela la galana contaba muchas historias de Juan Quinto, aquel bigardo<sup>1</sup> que, cuando ella era moza, tenía estremecida toda la Tierra del Salnés. Contaba cómo una noche a favor del oscuro, entró a robar en la Rectoral de Santa Baya de Cristamilde. La Rectoral de Santa Baya está vecina de la iglesia, en el fondo verde de un atrio<sup>2</sup> cubierto de sepulturas y sombreado de olivos. En ese tiempo de que hablaba Micaela, el rector era un viejo exclaustro, buen latino y buen teólogo. Tenía fama de ser muy adinerado y se le veía por las ferias chalaneando<sup>3</sup> caballero<sup>4</sup> en una yegua tordilla<sup>5</sup>, siempre con las alforjas llenas de quesos. Juan Quinto, para robarle, había escalado la ventana, que en tiempo de calores solía dejar abierta el exclaustro. Trepó el bigardo gateando por el muro y cuando se encaramaba sobre el alféizar con un cuchillo sujeto entre los dientes, vio al abad incorporado en la cama y bostezando. Juan Quinto saltó dentro de la sala con un grito fiero, ya el cuchillo empuñado. Crujieron las tablas de la tarima con ese pavoroso prestigio que comunica la noche a todos los ruidos. Juan Quinto se acercó a la cama, y halló los ojos del viejo frailuco abiertos y sosegados que le estaban mirando.*

*- ¿Qué mala idea traes, rapaz?*

*El bigardo levantó el cuchillo:*

*- La idea que traigo es que me entregue el dinero que tiene escondido, señor abad.*

*El frailuco rió jocundamente<sup>6</sup>:*

*- ¡Tú eres Juan Quinto!*

*- Pronto me ha reconocido.*

*Juan Quinto era alto, fuerte, airoso, cenceño<sup>7</sup>. Tenía la barba de cobre, y las pupilas verdes como dos esmeraldas, audaces y exaltadas. Por los caminos, entre chalanes y feriantes, prosperaba la voz de que era muy valeroso, y el exclaustro conocía todas las hazañas de aquel bigardo que ahora le miraba fijamente, con el cuchillo levantado para aterrorizarle:*

*- Traigo prisa, señor abad. ¡La bolsa o la vida!*

*El abad se santiguó:*

*- Pero tú vienes trastornado. ¿Cuántos vasos apuraste, perdulario<sup>8</sup>? Sabía tu mala conducta, aquí vienen muchos feligreses a dolerse... ¡Pero, hombre, no me habían dicho que fueses borracho!*

*Juan Quinto gritó con repentina violencia:*

*- ¡Señor abad, rece el Yo Pecador<sup>9</sup>!*

*- Rézalo tú, que más falta te hace.*

*- ¡Que le siego la garganta! ¡Que le pico la lengua! ¡Que le como los hígados!*

*El abad, siempre sosegado, se incorporó en las almohadas:*

*- ¡No seas bárbaro, rapaz! ¡Qué provecho iba a hacerte tanta carne cruda!*

*- ¡No me juegue de burlas, señor abad! ¡La bolsa o la vida!*

*- Yo no tengo dinero, y si lo tuviese tampoco iba a ser para ti. ¡Anda a cavar la tierra!*

*Juan Quinto levantó el cuchillo sobre la cabeza del exclaustro:*

*- ¡Señor abad, rece el Yo Pecador!*

*El abad acabó por fruncir el áspero entrecejo:*

*- No me da la gana. Si estás borracho, anda a dormirla. Y en lo sucesivo aprende que a mí se me debe otro respeto por mis años y por mi dignidad de eclesiástico.*

*Aquel bigardo atrevido y violento quedó callado un instante, y luego murmuró con la voz asombrada y cubierta de un velo:*

*- ¡Usted no sabe quién es Juan Quinto!*

*Antes de responderle, el exclaustro le miró de alto a bajo con grave indulgencia<sup>10</sup>.*

*- Mejor lo sé que tú mismo, mal cristiano.*

*- ¡Un león!*

*- ¡Un gato!*

*- ¡Los dineros!*

---

<sup>1</sup>Truhán, depravado, granuja.

<sup>2</sup>Porche, soportal.

<sup>3</sup>Negociar, tratar.

<sup>4</sup>jinete.

<sup>5</sup>Parda, gris.

<sup>6</sup>Jovialmente, alegremente.

<sup>7</sup>delgado.

<sup>8</sup>Calavera, degenerado.

<sup>9</sup>Oración para arrepentirse: insinúa que lo va a matar.

<sup>10</sup>Benevolencia, compasión.

- ¡No los tengo!

- ¡Que no me voy sin ellos!

- Pues de huésped no te recibo.

En la ventana rayaba el día, y los gallos cantaban quebrando albos. Juan Quinto miró a la redonda, por la ancha sala donde el tonsurado<sup>11</sup> dormía, y descubrió una gaveta<sup>12</sup>:

- Me parece que ya di con el nido.

Tosió el frailuco:

- Malos vientos<sup>13</sup> tienes.

Y comenzó a vestirse muy reposadamente y a rezar en latín. De tiempo en tiempo, a par que se santiguaba, dirigía los ojos al bandolero, que iba de un lado a otro cateando<sup>14</sup>. Sonreía socarrón<sup>15</sup> el frailuco y murmuraba a media voz, una voz grave y borbollona<sup>16</sup>:

- Busca, busca. ¡No encuentro yo con el claro día, y has de encontrar tú a tentonas<sup>17</sup>!...

Cuando acabó de vestirse salió a la solana<sup>18</sup> por ver cómo amanecía. Cantaban los pájaros, estremecíanse las yerbas, todo tornaba a nacer con el alba del día. El abad gritó al bigardo, que seguía cateando en la gaveta:

- Tráeme el breviario<sup>19</sup>, rapaz.

Juan Quinto apareció con el breviario, y al tomárselo de las manos, el exclaustro le reconvino<sup>20</sup> lleno de indulgencia:

- Pero ¿quién te aconsejó para haber tomado este mal camino? ¡Ponte a cavar la tierra, rapaz!

- Yo no nací para cavar la tierra. ¡Tengo sangre de señores!

- Pues compra una cuerda y ahórcate, porque para robar tampoco sirves.

Con estas palabras bajó el frailuco las escaleras de la solana, y entró en la iglesia para celebrar su misa. Juan Quinto huyó galgüeando<sup>21</sup> a través de unos maizales, pues se veía por los montes la mañana y en la fresca del día muchos campanarios saludaban a Dios. Y fue esa misma mañana ingenua y fragante cuando robó y mató a un chalán<sup>22</sup> en el camino de Santa María de Meis. Micaela la Galana, en el final del cuento, bajaba la voz santiguándose, y con un murmullo de su boca sin dientes recordaba la genealogía<sup>23</sup> de Juan Quinto:

- Era de buenas familias. Hijo de Remigio de Bealo, nieto de Pedro, que acompañó al difunto señor en la batalla del Puente San Payo. Recemos un Padrenuestro por los muertos y por los vivos.

## LOS PERSONAJES.

Son los protagonistas de la acción. Unos son principales (protagonistas) y otros secundarios. Se les debe dar una personalidad propia y situarlos dentro de un ambiente o lugar donde se desarrollan los hechos.

-¿Vive aquí -le preguntó- el Sr. de Estupiñá?

-¿D. Plácido?... en lo más último de arriba -contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera. Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena bota»... Pensando esto, advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

-¿Qué come usted, criatura?

-¿No lo ve usted? -replicó mostrándoselo- Un huevo.

-¡Un huevo crudo!

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

-No sé cómo puede usted comer esas babas crudas -dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

-Mejor que guisadas. ¿Quiere usted? -replicó ella ofreciendo al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no; le repugnaban los huevos crudos.

-No, gracias.

---

<sup>11</sup>Religioso, rapado, por el corte de pelo que llevan los frailes en la coronilla.

<sup>12</sup>Cofrecito, estante.

<sup>13</sup>Olfato, por metonimia.

<sup>14</sup>Buscar, catar, mirar.

<sup>15</sup>Burlón, irónico.

<sup>16</sup>Que salía a golpes o borbotones.

<sup>17</sup>Palpando con las manos, a tientas.

<sup>18</sup>Galería, corredor.

<sup>19</sup>libro de rezos.

<sup>20</sup>Reprendió, regañó.

<sup>21</sup>Corriendo como un galgo.

<sup>22</sup>mercader de bestias, negociante.

<sup>23</sup>Ascendencia, estirpe, familia.

*Ella entonces se lo acabó de sorber, y arrojó el cascarón, que fue a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito discurrendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo: ¡Fortunaá! Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un yia voy con chillido tan penetrante que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El yia principalmente sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vio desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los peldaños de piedra y creyó que se mataba. Todo quedó al fin en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió a encontrar a nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más ruido que el de sus propios pasos.*

## EL AMBIENTE.

Un buen relato debe ser interesante. Para conseguirlo hay que tener en cuenta la verosimilitud del ambiente con descripciones de lugares u objetos, diálogos que permitan a los personajes presentarse a sí mismos...

*En Andalucía, por ejemplo, (pues precisamente aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais a oír), las personas de "suposición" continuaban levantándose muy temprano, yendo a la Catedral, a "Misa de prima", aunque no fuese "día de precepto"; almorzando, a las nueve, un huevo frito y una jícara de chocolate con picatostes; comiendo, de una a dos de la tarde, puchero y principio, si había caza, y, si no, puchero sólo; durmiendo la siesta después de comer; paseando luego por el campo; yendo al Rosario, entre dos luces, a su respectiva parroquia; tomando otro chocolate a la Oración (éste con bizcochos); asistiendo los muy encopetados a la tertulia del Corregidor, del Deán, o del Título que residía en el pueblo; retirándose a casa a las Ánimas; cerrando el portón antes del toque de la "quedá"; cenando ensalada y "guisado" por antonomasia, si no "habían entrado" boquerones frescos, y acostándose incontinenti con su señora (los que la tenían), no sin hacerse calentar primero la cama durante nueve meses del año... ¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones, de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquel en que había en la sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres! ¡Dichosísimo tiempo, digo, para los poetas, especialmente, que encontraban un entremés, un sainete, una comedia, un drama, un auto sacramental o una epopeya detrás de cada esquina, en vez de esta prosaica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la Revolución Francesa! ¡Dichosísimo tiempo, sí!...*

## NARRADOR

El que narra la acción. Puede hacerlo en

### Primera persona

*El problema de mi vida me anonada más cuanto más pienso en él. Quiero ser algo en el mundo, cultivar un arte, vivir de mí misma. El desaliento me abrumba. ¿Será verdad, Dios mío, que pretendo un imposible? Quiero tener una profesión y no sirvo para nada, ni sé nada de cosa alguna. Esto es horrendo.*

*Aspiro a no depender de nadie ni del hombre que adoro. No quiero ser su manceba, tipo innoble, la hembra que mantiene algunos individuos para que les divierta, como un perro de caza; ni tampoco que el hombre de mis ilusiones se me convierta en marido. No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero, para expresarlo a mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación; sólo en la libertad comprendo mi fe constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado a nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar...*

### Segunda persona

*Insistías Zavalita, era un gran muchacho, porfiabas Zavalita, Aída estaba enamorada de él, exigías, se llevarían muy bien y repetías y volvías y ella escuchaba muda en la puerta de su casa, los brazos cruzados, ¿calculando la estupidez de Santiago?, la cabeza inclinada, ¿midiendo la cobardía de Santiago?, los pies juntos. ¿Quería de veras un consejo, piensa, sabía que estabas enamorado de ella y quería saber si te atreverías a decírselo? Qué habría dicho si yo, piensa, que habría yo si ella. Piensa: ay, Zavalita.*

### Tercera persona, en número singular o plural.

*Invaden la plaza bandadas de niños recién salidos de los colegios. Juegan al aro, al diábolo y a la gallinita ciega. El verlos me entristece aún más. En mi planeta no existe lo que aquí se denomina la infancia. Al nacer, nos introducen en nuestros órganos cogitativos la dosis necesaria (y autorizada) de sabiduría, inteligencia y experiencia; pagando un suplemento, nos introducen también una enciclopedia, un atlas, un calendario perpetuo, un número indefinido de recetas de*

*Simone Ortega y la guía Michelin (verde y roja) de nuestro amado planeta. Cuando alcanzamos la mayoría de edad, y previo examen, nos introducen el código de la circulación, las ordenanzas municipales y una selección de las mejores sentencias del tribunal constitucional. Pero infancia, lo que se dice infancia, no tenemos. Allí cada uno vive la vida que le corresponde (y punto) sin complicarse la suya ni complicar la de los demás. Los seres humanos, en cambio, a semejanza de los insectos, atraviesan por tres fases o etapas de desarrollo, si el tiempo se lo permite. A los que están en la primera etapa se les denomina niños; a los de la segunda, currantes, y a los de la tercera, jubilados. Los niños hacen lo que se les manda; los currantes, también, pero son retribuidos por ello; los jubilados también perciben unos emolumentos, pero no se les deja hacer nada, porque su pulso no es firme y suelen dejar caer las cosas de las manos, salvo el bastón y el periódico. Los niños sirven para muy poca cosa. Antiguamente se los utilizaba para sacar carbón de las minas, pero el progreso ha dado al traste con esta función. Ahora salen por la televisión, a media tarde, saltando, vociferando y hablando una jerga absurda. Entre los seres humanos, como entre nosotros, se da también una cuarta etapa o condición, no retribuida, que es la de fiambre, y de la que más vale no hablar.*

Omnisciente, si utiliza el procedimiento de narrar como si conociera todo cuanto ocurre y a menudo tiene una opinión sobre lo que sucede.

-¿Tú serías capaz de morir por un gran amor, Manolo?

- Sí.

*Ella se echó a reír.*

- ¡Estaba segura! ¡Qué tontería!

- No veo por qué -dijo él, envolviéndola en una mirada cálida-. ¿Tú no crees en el amor?

- No se trata de creer o no. A mí me inspira más confianza el deseo, es un sentimiento más digno y limpio. Naturalmente, siempre y cuando sea mutuo y no comporte ningún tipo de responsabilidad moral.

- ¡Uy!, tú pides demasiado.

- Yo no, son los tiempos.

- No te entiendo.

- Pues chico, está muy claro -suspiró Teresa, pensativa-. Esta es una época de transición, ¿no crees? Me refiero a los valores morales que están en crisis... -Con los brazos cruzados sobre el volante del automóvil, la mirada perdida en la noche del Monte Carmelo, la universitaria empezó a desarrollar su teoría acerca de por qué el amor está actualmente en crisis. Escuchándola con una leve sonrisa de tolerancia, o mejor dicho, adorando sobre todo su voz, por el placer de oírla, Manolo guardó silencio. Luego intentó vanamente hacerla volver de nuevo a la realidad ayudándose con un juego pueril: encendiendo y apagando los faros del coche; se aproximó más a ella, que seguía divagando, le apartó con el dedo un rubio mechón que le tapaba el ojo, se inclinó finalmente sobre su rostro y entonces, incomprensiblemente para ella (que ya se había callado, inquieta, sospechando por la proximidad del chico cuál iba a ser la enardecida respuesta que echaría por tierra toda su teoría) Manolo se inmovilizó, se echó hacia atrás, dejándola como estaba, y bajó del coche.

- Te la das de intelectual, de chica leída ¿no? -Dijo cerrando la puerta de golpe-. Pues hasta mañana.

*Y se alejó por la carretera en dirección al bar Delicias, con las manos en los bolsillos y silbando. Estas reacciones imprevistas no tenían como única finalidad una elemental afirmación de poder: podían ciertamente enojar a su gentil compañera, y ello suponía un riesgo, pero es que él no veía otro medio de defenderse, de salvar el abismo cultural que mediaba entre los dos. Lo mejor era cortar por lo sano. Afirmándose y perfeccionándose en esta sencilla estrategia, el murciano esperaba echar paulatinamente lejos de sí a la complicada universitaria amiga de discusiones bizantinas para quedarse solamente con la alegre y encantadora muchacha de dieciocho años que gustaba de pasar las tardes con él y se divertía con cualquier pretexto.*

Aquiescente, cuando aparenta no saber más de lo que saben los propios personajes, se coloca como un personaje más.

*Hacía un frío de mil demonios. Me había citado a las siete y cuarto en la esquina de Venustiano Carranza y San Juan de Letrán. No soy de esos hombres absurdos que adoran el reloj reverenciándolo como una deidad inalterable. Comprendo que el tiempo es elástico y que cuando le dicen a uno las siete y cuarto, lo mismo da que sean las siete y media. Tengo un criterio amplio para todas las cosas. Siempre he sido un hombre muy tolerante: un liberal de la buena escuela. Pero hay cosas que no se pueden aguantar por muy liberal que uno sea. Que yo sea puntual a las citas no obliga a los demás sino hasta cierto punto, pero ustedes reconocerán conmigo que ese punto existe. Ya dije que hacía un frío espantoso. Y aquella condenada esquina está abierta a todos los vientos. Las siete y media, las ocho menos veinte, las ocho menos diez. Las ocho. Es natural que se pregunten ustedes que por qué no lo dejé plantado. La cosa es muy sencilla: yo soy un hombre respetuoso de mi palabra, un poco chapado a la antigua, si ustedes quieren, pero*

*cuando digo una cosa, la cumplo. Héctor me había citado a las siete y cuarto y no me cabe en la cabeza el faltar a una cita. Las ocho y cuarto, las ocho y media y Héctor sin venir. Yo estaba positivamente helado: me dolían los pies, me dolían las manos, me dolía el pecho, me dolía el pelo. La verdad es que si hubiese llevado mi abrigo café, lo más probable es que no hubiera sucedido nada. Pero eso son cosas del destino y les aseguro que a las tres de la tarde, hora en que salí de casa, nadie podía suponer que se levantase aquel viento. Las nueve menos veinticinco, las nueve menos veinte, las nueve menos cuarto. Transido, amaratado. Llegó a las nueve menos diez: tranquilo, sonriente y satisfecho. Con su grueso abrigo gris y sus guantes forrados:*

*- ¡Hola, mano!*

*Así, sin más. No lo pude remediar: lo empujé bajo el tren que pasaba.*

Deficiente, si el narrador relata como si supiera menos de lo que saben sus personajes y va descubriendo la acción con ellos.

*- ¿Qué año comenzó a marchar la gente del pueblo?*

*- ¿La emigración, dice?*

*- Eso, la emigración.*

*- A ciencia cierta no sé qué decirle, pero de la guerra acá ya empezó el personal a inquietarse.*

*- ¿De la guerra? ¿Tan pronto?*

*- Qué hacer, sí señor. Por aquellos entonces más de uno y más de dos marcharon a la mili y no regresaron. Luego, la cosa fue a mayores.*

*- ¿Cuándo?*

*- Ponga de quince años a esta parte.*

*- Pero este pueblo, ¿ha sido grande algún día?*

*Los ojos acuosos del señor Cayo se iluminaron:*

*- ¿Grande dice? Aquí donde lo ve, hemos llegado a juntarnos más de cuarenta y siete vecinos, que se dice pronto. Y no ha habido en la montaña pueblo más jaranero, que, no es porque yo lo diga, pero en la fiesta de la Pasquilla hasta de Refico subían. ¡No vea!*

*Rafa arrojó una colilla al suelo, la tapó con el pie, bajó la cabeza y murmuró con sorna: «¡Joder, Nueva York!».*